

LA CUNA DE LA REPUBLICA

Agobiado por el excesivo peso de sus glorias, naturalmente estropeado con el andar del tiempo en lo material de su fábrica; pero lleno de vitalidad y de robusta savia, alcanzaba ya el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario una duración casi tres veces secular, cuando ocurrieron los temblores de septiembre, que tan serios daños le causaron. Hizose necesaria su reconstrucción inmediata, y Monseñor Rafael María Carrasquilla, actual Rector del Instituto, la acometió sin demora y sin poner reparo en la magnitud y dificultades de la empresa. Iniciados los trabajos con las pequeñas economías que el Colegio había logrado atesorar en los últimos años, pudieron continuarse sin interrupción, merced a los oportunos auxilios decretados por el Congreso nacional con patriotismo digno de imperecedera memoria. Y hoy, poco más de un año después del siniestro, vemos levantarse de nuevo la fábrica del venerando Instituto, más elegante y cómoda que antes, pero conservando su carácter y el sello de gloriosa antigüedad.

La gallardía y gentileza de la fachada revela ya el carácter del Colegio, grave y festivo a la vez; con la majestad propia a un alcázar del saber, llamado a desafiar el tiempo y los vaivenes de las demás cosas humanas, y la holgura y calor nativo del hogar, que guarda las tradiciones de familia, los mimos de la madre, la dulce placidez de los goces juveniles, lugar de cita a donde acuden los hermanos atraídos por unos mismos ideales y por idéntico afecto.

El holgado portal que ha dado paso a cien generaciones que vinieron a buscar en estos claustros luz para el entendimiento, vigoroso estímulo para la voluntad y orientación segura para recorrer los senderos de la vida, perpetuará en láminas de mármol, incrustadas

en los muros laterales, las actas de su renovación, y sobre el dintel fronterizo en el escudo legendario, los blasones ilustres del Colegio.

Al traspasar el vestíbulo, vése la imagen de Fray Cristóbal de Torres, majestuoso y sereno sobre hermoso pedestal, en actitud de amparar a la juventun estudiosa y de defender la obra de su corazón y de su genio de toda adversa fortuna; a sus lados, cerrando el patio principal, se alza la arquería, única obra que dejó en pie el terremoto, pero muy mejorada por delicados retoques de ornamentación en sus pilastras y cornisas. Los muros, reedificados desde los cimientos y aumentados en altura y proporciones, dejan pasar ampliamente el aire y la luz a través de las modernas puertas y ventanas, rasgadas de alto a bajo y más simétricamente distribuidas, y el barandal que sirve de antepecho al segundo piso, por la esbeltez y regularidad de su forma, remata con primor la suntuosa arquería y da mayor realce al ornato del edificio.

En el cielo de la histórica escalera, la cual conserva aún las huellas que dejaron allí los mártires de la patria al emprender la última jornada, se destaca, circundada de rica ornamentación, una artística pintura, obra de mano maestra (1), que reproduce fielmente a Fray Cristóbal de Torres entregando, de rodillas, a Nuestra Señora del Rosario, el texto de las Constituciones y como la escritura de donación de su Colegio, y a la Santísima Virgen con el Niño en los brazos, aceptando el devoto obsequio del prelado y prometiéndole en una ternísima mirada ser la eterna Patrona del claustro y protegerlo como madre solícita y poderosa.

El refectorio alcanzó tales mejoras que hacen de él uno de los más vistosos salones del Colegio; danle lus-

(1) Don Ricardo Acevedo Bernal.

tre y decoro el pavimento recubierto de baldosines de variados dibujos, el cielo ornamentado ricamente con escudos y filigranas, amplios ventanales que lo llenan de luz y un hermosísimo cuadro al óleo, donde el hábil pintor (1) ha interpretado la conmovedora escena de los discípulos de Emmaús, que reconocen al Señor en la fracción del pan eucarístico.

También merecen especial mención el salón de la biblioteca y el de actos solemnes del Colegio por condiciones de amplitud y correcta elegancia. Pero donde el inteligente y hábil arquitecto (2), que de manera tan airoso ha llenado su cometido, pondrá mayor esmero en desplegar las grandes dotes de su talento, será en la edificación y esplendor de la capilla, el lugar santo donde Dios hecho hombre demora de continuo con los alumnos, donde está en trono de honor la amada Bordadita, soberana patrona de rosaristas, madre del alma y esperanza y consuelo en todos los momentos de la vida; donde reposan las venerables cenizas del santo Fundador y están guardados los más caros recuerdos del Colegio.

Los anhelos del señor Rector están cumplidos en lo más principal. Seguramente él tenía derecho de esperarlos así, ya que la protección divina lo ha acompañado siempre de manera visible en todas las empresas por él anteriormente acometidas en favor del Colegio: puso empeño en los principios de su rectorado por acentuar el espíritu netamente católico que el Colegio recibiera en herencia y por levantar el nivel de los estudios a la altura que reclaman los modernos métodos y progresos, y realizó sus planes fácilmente; propúsose luego ensanchar el edificio, y adquirió el terreno y levantó el claustro nuevo en breve tiempo; inició más tarde erigir la es-

(1) Don Ricardo Acevedo Bernal.

(2) Doctor Arturo Jaramillo.

tatua del Fundador del Colegio, y pronto la vio elevarse en su pedestal; ha visto dilatarse año tras año el esplendor y fama del Instituto y ha sentido honda fruición al ver la honra que dan a la República muchos de sus amados discípulos.

De pláceme están los rosaristas y con ellos todos los que sentimos palpitar en nuestros pechos el amor a nuestra patria, porque entre el Colegio y la República los vínculos son tan estrechos, las relaciones tan íntimas, que nos hacen pensar que el engrandecimiento o decadencia del Instituto redundan, por modo necesario, en gloria o abatimiento de la nación. El Colegio del Rosario nació para la república, por ella vive, y es el amor a ella el motivo impulsor de sus labores y la causa de sus desvelos; y Colombia ama al Colegio como el alcázar donde se mecía su cuna, como la fragua en que se forman sus hijos más preclaros, aquellos que la ilustran con sus grandes letras, que la honran con el brillo de sus virtudes, que la defienden con la valentía de su brazo.

La reconstrucción del Colegio y su embellecimiento preludian para la nación días de prosperidad y de gloria.

JENARO JIMENEZ

